

Andrés Pérez Domínguez

EL SÍNDROME DE MOWGLI

algaida
eco

La novela *El síndrome de Mowgli*
de Andrés Pérez Domínguez
resultó ganadora del XVII Premio
de Novela Luis Berenguer.

Fotos de cubierta: © Duane Rieder / Store / Getty Images; Kamil
Vojnar / Photonica / Getty Images

© Andrés Pérez Domínguez, 2008
© Algaida Editores, 2008, 2012
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-705-5
Depósito legal: M-3.228-2011
Impresión: Rodesa, S. A.
31200 Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Uno	23
Dos	105
Tres	259

*Para Maribel,
que vino a Lisboa.*

«Le pregunté si por fin había estado en Lisboa. Se echó a reír, dobló la almohada bajo su cabeza.

—Desde luego —dijo—. En el momento adecuado. Uno llega a los sitios cuando ya no le importan».

El invierno en Lisboa
ANTONIO MUÑOZ MOLINA

«Ni siquiera yo puedo miraros a los ojos, y yo, Hermanito, nací entre hombres y os quiero. El resto os odia, porque sus ojos no pueden encontrarse con los vuestros..., porque sois inteligente..., porque les habéis sacado las espinas de las patas..., porque sois un hombre».

El libro de la Selva
RUDYARD KIPLING

«Prácticamente lo único que no he conseguido en el boxeo es ganar dinero. A la mayoría de los púgiles le sucede lo mismo. Pero eso no me ha desalentado más que no ganar dinero escribiendo. Ambas son actividades que uno hace por gusto, y te sientes agradecido de poder hacerlas, aunque las dos te arruinen, te vuelvan loco y te pongan enfermo. La gente racional no piensa de ese modo, pero no tiene en su vida lo que yo tengo en la mía: magia. La magia de ir a guerras en las que creo. Y la magia del humor del boxeo, la broma que casi siempre paga el narrador, que te acompaña a cada paso del camino».

Rope Burns. Stories from de corner
F. X. TOOLE

A HORA QUE EL COMBATE, POR FIN, PARECE QUE va a terminar, tal vez sea el momento de contar cómo empezó todo, cómo he llegado a este último asalto sin haber escuchado todavía contar hasta diez mientras estoy con la mejilla pegada a la lona, diciendo para mis adentros que no estoy vencido mientras mis piernas se afanan en llevarme la contraria, avergonzado por la derrota, resignado a ver al árbitro cruzar las manos para indicar que todo ha terminado antes de buscar al contrario para levantarle el brazo y proclamarlo vencedor por KO.

Aunque la pelea aún no ha terminado. Puede que éste sea el último asalto y que el final no sea otro que mi cuerpo derregado en la lona, o dándole de comer a las gaviotas, pero aún sigo aquí, todavía estoy vivo, en esta ciudad a la que he viajado tantas veces en mis sueños durante los últimos dieciocho años, con ella, que ya no está y a quien tal vez no vuelva a ver nunca, solo en un país extranjero, la bolsa con el dinero que no me atrevo a tocar en el suelo, junto a la vieja maleta

que me acompaña desde que emprendí el viaje, hace apenas una semana pero me parece como si hubiera transcurrido una vida entera. Me pongo a pensar en todo lo que ha pasado y no puedo evitar que me afecte una angustiada sensación de vértigo, como si me asomase a la ventana de un rascacielos cualquiera de una de esas ciudades que ella y yo no hemos visitado nunca, ciudades cuyos nombres me martillean en la cabeza como recordándome o advirtiéndome —o quizá riéndose de mi desgracia— que ya nunca las visitaré, que nuestro tiempo ha pasado y que no he sido capaz de darme cuenta hasta que ha sido demasiado tarde: Nueva York, Chicago, Toronto, Kuala Lumpur. A Lola le gustaba decirme, entre beso y beso, hace dieciocho años, cuando éramos jóvenes y todavía podíamos soñar con la misma inocencia que sueñan los niños, que cuando todo acabase, cuando se retirase y tuviésemos dinero, daríamos la vuelta al mundo, en primera, y que visitaríamos todas las ciudades donde hubiera rascacielos, que subiríamos al ascensor del edificio más alto de cada una, lo pararíamos entre la última y la penúltima planta, y haríamos el amor hasta que viniesen a rescatarnos. Nueva York, Chicago, Toronto, Kuala Lumpur. Jamás he estado en ninguna de estas ciudades, y ahora ya sé que nunca visitaré con Lola ninguna de ellas y que no cruzaremos cogidos de la mano el vestíbulo del más alto de sus edificios, que no intercambiaremos

una sonrisa cómplice antes de llamar al ascensor, que no veré brillar sus ojos violeta antes de pulsar el botón de parada cuando nos quedemos solos.

Lola. A pesar de no haberla olvidado nunca, no había vuelto a pensar tanto en ella como el día que los aviones hicieron pedazos las Torres Gemelas. Ese martes de final de verano, al ver derrumbarse aquel amasijo de acero y hormigón, me puse a pensar en ella, en todo el tiempo que había pasado desde la última vez que nos vimos, en cuánto habríamos envejecido, Lola y yo, en que ya nunca podríamos subir a una de las torres y cumplir nuestra promesa. Estas cosas suelen pasar: de repente un suceso te devuelve, como un mazazo o como una iluminación, algo de tu vida que creías perdido o enterrado, y a mí, a pesar de la tragedia de ver hundirse los rascacielos de Nueva York, lo único que me venía a la memoria era Lola, tres lustros y tres años atrás, señalándome en una revista las fotografías de los edificios donde llevaríamos a cabo nuestro propósito: las Torres Gemelas de Nueva York, que ya no están, la Torre Sears, en Chicago, el edificio de la televisión de Toronto.

Nueva York, Chicago, Toronto. Lola es una de esas mujeres que colman las fantasías de un hombre sólo siendo ella misma: le gustaba todo lo prohibido, disfrutaba saltándose las normas, traspasando la línea de la ley que, en nuestro

mundo de entonces, era tan difusa que la mayoría de las veces resultaba complicado saber en qué lado estabas. Aunque, para ser sincero, tratándose de Lola no es fácil creer que no lo supiera, que no fuera consciente del peligro que corría —que corríamos los dos— cuando venía a verme a mi apartamento a escondidas, los días que el Gordo no la reclamaba junto a él. Pero qué más da que lo supiera o no. Yo también lo sabía. Era tan consciente del riesgo que suponía, no ya acostarme con ella a escondidas, sino el solo hecho de desearla, que aún hoy me pregunto cómo fui capaz. Casi veinte años después todavía no he encontrado una respuesta para aquello. A veces las cosas suceden y ya está, y uno se deja arrastrar por la marea, como un náufrago que se agarra a una tabla aunque no le queden ganas de seguir luchando. El instinto de supervivencia resulta incómodo a veces. Estás convencido de que lo mejor es no seguir, sino hundirte hasta el fondo, lo deseas tanto que te gustaría tener una bola de plomo que te ayude a conseguirlo, pero hay algo dentro de ti que no te deja morir, como si vieras a lo lejos la luz de un faro detrás de la tormenta que te empuja a seguir agarrado a la madera aunque te sangren los dedos.

Lola ha sido estos últimos días —y tal vez todos estos años, aunque yo no haya querido verlo así— como un faro en la tempestad, o, mejor, para ser exacto, debería decir un espejismo, o una

de esas sirenas de Homero. Aunque conmigo ha sido fácil. Lo fue cuando era joven y lo ha vuelto a ser ahora, como si nada hubiera cambiado o, peor aún, como si a pesar de los años que han pasado yo no hubiera aprendido nada.

Ella sólo tuvo que chasquear los dedos para que yo acudiera.

No podía saber que cuatro años después del Once de Septiembre volvería a verla, que se pondría en contacto conmigo de una manera circular —a pesar de todo sigo queriendo pensar que desde el principio me buscó porque sabía que era yo—, algo confusa o retorcida. Pero Lola es así, y lo seguirá siendo. Una de las cosas que siempre me gustó de ella es su rara y envidiable habilidad para buscar el lado positivo de los problemas, para no hundirse en preocupaciones estériles o en innecesarios sentimientos de culpa. Cuando las Torres Gemelas se derrumbaron se me ocurrió que Lola, de estar a mi lado, me habría besado los labios despacio y habría dicho: cariño, no te preocupes, todavía nos queda el Empire State.

No me equivoqué. Hace cinco días, cuando después de tantos rodeos acabé encontrándomela cara a cara, al sentarme frente a ella en la cafetería, me dijo eso que yo había pensado entonces. Sus palabras exactas fueron: mi vida, por fin has venido. Menos mal que aún nos queda el Empire State. No sé si de verdad sentía lo que estaba diciendo, pero estoy seguro de que lo dijo así por-

que sabía que era lo que yo esperaba escuchar al vernos, después de tantos años. En aquella época en la que pensábamos encamarnos en los rasca-cielos más altos del mundo, la última planta de las torres neoyorquinas era uno de los lugares más altos al que podríamos aspirar, y, aquellos rectángulos idénticos de Manhattan significaban tanto para nosotros que estaba convencido de que el once de septiembre de 2001 Lola se acordó de mí por las mismas razones que yo me acordé de ella.

Mi vida, por fin has venido. Menos mal que aún nos queda el Empire State. Me lo dijo sonriendo, enseñando un poco los colmillos que le asomaban al despegar los labios que hacían juego con el color de su vestido corto, de tirantas, en la cafetería adonde quiero pensar que acudía cada día esperando mi llegada. Porque ella sabía que yo iría. Lola conoce a los hombres y yo no soy más complejo que los demás. Soy tan simple o tan torpe como el resto. Tal vez más.

El otro día, cuando la vi, yo aún no estaba del todo seguro del motivo por el que había ido a encontrarme con el pasado. Lo más lógico, dadas las circunstancias, era que la venganza hubiera sido mi mayor motivación, pero, y lo digo sin querer descargarme de culpa, todavía hoy no estoy muy seguro de por qué comencé ese viaje que me llevó hasta el sur y que ha terminado aquí, al amanecer, en Lisboa. De lo único que estaba conven-

cido era de haber emprendido un camino del que me iba a resultar imposible regresar. Pero, si soy sincero, todas las razones posibles se resumen en una que tiene nombre de mujer: Lola, que, tan segura de sí, habría sonreído para sus adentros y habría fingido no enterarse o no creérselo, como hizo más tarde, cuando se lo confesé, o es que a pesar de todo le daba igual, no porque me quisiera, sino porque lo que ella deseaba era largarse de allí para siempre, empezar una nueva vida, subir a un barco que la llevase al otro lado del océano, lo que cualquiera con ganas de borrar su pasado quiere.

Hace dieciocho años era lo mismo. Primero iba a ser Lisboa, donde pasaríamos dos o tres días, metidos en un hotel, sin salir de la habitación no tanto porque deseáramos pasar muchas horas revolcándonos en la cama, sino porque sabíamos que era peligroso que algún sicario del Gordo nos encontrase y acabase llevándonos a rastras hasta él para rendir cuentas. Luego subiríamos a un barco que nos llevaría a Nueva York, Lola y yo, veríamos la Estatua de la Libertad desde cubierta, como debieron de verla los emigrantes que viajaban a América buscando una nueva vida a principios del siglo xx. Haríamos el amor, visitaríamos los rascacielos, sería la primera etapa de nuestra vuelta al mundo.

Mientras enciendo un pitillo pienso que debo de parecerme a uno de aquellos emigrantes o exi-

liados tristes que abandonaban el país durante la dictadura, que mirando el barco que iba a llevarlos tan lejos deberían sentir el mismo frío en los huesos que yo siento esta mañana a pesar de que aún no ha terminado el verano.

Me abrocho otro botón de la camisa, para protegerme el pecho de la brisa que sopla desde el río. Apenas hace veinticuatro horas que Lola se marchó sin decir adiós y ya empiezo a tener frío. Mejor que me acostumbre, porque ella no va a volver. Nunca. Por mucho que me cueste admitirlo nunca querrá estar otra vez a mi lado. Aún no he aceptado el hecho de que quizá jamás lo haya deseado de verdad, pero tarde o temprano tendré que hacerlo. Total, es la verdad. Tan simple como eso.

Sacudo la cabeza, me digo que me gustaría que fueran otros tiempos, y que yo fuese uno de esos miles de emigrantes o exiliados que abandonaban su país sin saber cuándo volverían, si regresarían algún día. No es que me haya vuelto nostálgico de repente, aquí, en esta fría mañana de verano portuguesa, qué va. Lo que ocurre es que, a pesar de todo, a lo mejor soy un cobarde y preferiría diluirme entre una cola de gente que va a subir a un barco en lugar de estar aquí solo, escuchando los graznidos de las gaviotas que se me antojan buitres esperando a que me convierta en carroña. Hay cientos de ellas. En otro momento la visión de las gaviotas planeando sobre el Tajo al

amanecer me habría parecido una estampa hermosa, llena de poesía. Pero hoy no es el día más indicado para ponerse lírico, sobre todo si me pongo a pensar que dentro de un rato alguna de ellas puede estar picoteando lo que quede de mí.

Pues podéis esperar sentadas, pienso como si les hablase en voz alta a los pájaros, porque es probable que el tipo al que estoy esperando venga decidido a meterme dos balas entre las cejas, y que no le falten razones para hacerlo, pero no creo que después vaya a entretenerse en cortarme en pedacitos para arrojarme al mar y que me podáis comer sin teneros que esforzar mucho. Conque lo siento, bonita, le digo a la gaviota que tengo más cerca y que me mira con ojos de no haber desayunado, pero hoy no es vuestro día de suerte. Aunque me temo que el mío tampoco.